

EL BERTUCHE

— ■ —
Alejandra Escalante Paredes

Cuento



Escalante Paredes, Alejandra
Universidad Abierta y a Distancia de México
alexamath1233210@gmail.com

Escritora, ganadora en 2010 del Premio Nacional Juvenil de Cambio Climático. Autora de tres libros: Antología del Cuento Lésbico, Sinfonía 2020 para Covid y Orquesta, Rincones de mi Ciudad Editorial Trópico de Escorpio.

Recibido el 11 de septiembre de 2023. Aceptado el 25 de septiembre de 2023. Publicado el 15 de diciembre de 2023.

Reseña de Autor

Alejandra Escalante Paredes es Ingeniera Ambiental de profesión, Matemática, Maestra en ingeniería y

No hay nada menos vacío que un estadio vacío.

No hay nada menos mudo que las gradas sin nadie.

Eduardo Galeano

Siempre me ha costado reflexionar sobre la defensa central, porque si bien se trata de proteger a toda costa las superficies casi infinitas del campo de forma beligerante, también se deben mantener los ojos fijos en el balón y no en la jugadora de la escuadra contraria; la defensa requiere de un instinto casi maternal.

El arco de la guardameta es como el corazón: trata de impulsar la sangre con una dinámica defensiva, pero tierna, regresando el balón al campo para iniciar la danza; toca suavemente la esférica pelota mediante zumbidos cálidos con ambos pies, como una sagrada coreografía alegre del otro lado, baile de primavera, donde la delantera conseguirá el gol o no, pura magia que hace desaparecer el tiempo: 90 minutos más lo añadido.

Las pocas veces que intenté organizar la defensa central me sentí como una tipa ridícula que mete la pata hasta el cogote, si bien mi peso no es acorde con la talla de las jugadoras, juro por el Nacional de Bertuche que yo quería pasar de las gradas al campo de manera solemne, nunca dije lo que de verdad quería decir en mis cánticos con la Tere y Porta, más bien quería gritar gol con mis piernas, pero nunca lo conseguí.

Pasar de la barra a la defensa central por exceso o por medida fue como un nuevo amanecer. Mi poca coordinación física, debo admitirlo, a veces me impedía sacar el balón de la zona lo antes posible. Y de pronto salía disparada la Toussen al campo de juego con su cabello brillante y el balón pegado a los pies, enfrentándome, virtuosa y ágil centro-delantera del equipo contrario, que solía ser la mayor amenaza de gol.

El Bertuche estaba conformado por una centrocampista la cual era poeta, la delantera lateral a veces se rolaba entre una mendicante que dormía en las gradas, pero que nos completaba y le pagábamos cincuenta varitos por juego, de hecho, la cancha era su casa. Además de dos mujeres policías, quienes en sus tiempos libres jugaban también en el Bertuche, porque en línea directa ambas eran buenas para recibir el balón de las laterales, incluso creaban jugadas posteriores en el centro del campo y al acabar los encuentros subían a su auto de encubiertas para seguir con su investigación vana y peligrosa. La última vez supe que andaban detrás de una banda de extorsionadores.

Mirar la figura en el espejo distante del otro arco nos devuelve: un acierto más o un acierto menos.





Nuestro equipo de soccer no era el mejor, pero teníamos a la mejor guardameta. Me refiero a la Mary, una cálida madre que tenía diez hijos, tres niños y siete niñas.

La Mary colocaba a sus criaturas de forma estratégica en las gradas, de tal forma que a todos los chamacos los veía desde el arco y cuando jugábamos el segundo tiempo, los chamacos se sabían acomodar del otro lado de la portería por el cambio entre los arcos. Era tal el arreglo de la Mary que los chiquillos terminaban conformando una porra bastante extensa, nunca fallaron con las cartulinas de apoyo al Bertuche, aunque siendo sincera casi todos los encuentros los perdíamos y a su mami Mary siempre la terminaban goleando.

De alguna manera a las mujeres siempre nos termina goleando el machismo, pero eso sí puedo decir: cada domingo la Mary y sus diez hijos llegaban renovados para disputar un nuevo partido, con la esperanza de ganar.

Ser futbolista de fines de semana carece de consuelo, malignamente la esperanza nos ofrece un

tramo de llano con poco pasto para nosotras. La cancha de soccer es como un mar en medio de tierras lejanas, a bien cuidado tengas el balón entre los pies y levitando, viéndolo como se aleja y si eres hábil, regresa. Al esférico hay que dejarlo marcharse de los pies y que las casacas con números brillen, zapatillas de soccer a vericuerdo y sudor en la frente con pasado doloroso.

El Bertuche se acabó cuando la portera desapareció, no llegó al partido aquel domingo, ni ella ni sus hijos, las gradas estaban vacías, jugamos bajo un silencio insoportable y perdimos 20-0.

Todo cambio, ahora los domingos nos reunimos en la avenida Reforma para exigir la aparición con vida de nuestra guardameta. Por dolor involuntario el Bertuche y sus diez hijos se multiplicaron por miles, somos las que seguimos vivas, las que aún somos y buscamos a las que no están: las desaparecidas ahora es la barra.